IX.

EL CUARTO DE LA FAMILIA.

SERIA poco mas ó menos la media noche, cuando fué registrado en la prision de Buytenhoff el pobre van Baerle.

Lo que habia previsto Rosa sucedió. La cólera del pueblo fué grande al encontrar el cuarto de Cornelio de Witt vacío, y si al padre Grifus le hubieran tenido á la mano esos furiosos, ciertamente hubieran héchole pagar por su preso.

Pero esa cólera sació su crueldad largamente con los dos hermanos que habian sido alcanzados por los asesinos, gracias á la precaucion tamada por Guillermo, el hombre de las precauciones, de cerrar las puertas de la ciudad.

Hubo un momento en que la cárcel quedó vacía y en que el silencio sucedió á la espantosa tempestad de gritos que atronaban las escaleras.

Rosa aprovechando ese momento salió de su escondite é hizo salir á su padre.

La cárcel estaba completamente desierta: ¿á qué quedarse en ella cuando estaban degollando en Tol-Hek?

Grifus salió todo trémulo detrás de la varonil Rosa, y ambos fueron á cerrar lo mejor que pudieron, la puerta principal, decimos lo mejor que pudieron, porque el torrente de una impetuosa cólera que habia pasado por allí, habíala cási derribado.

A eso de las cuatro volvió á oirse el ruido, pero este ruido no tenia nada de temible para Grifus y su hija. Este ruido era el de los cadáveres que traian arrastrando y que venian á colgar en el lugar acostumbrado de las ejecuciones.

Rosa se volvió á esconder, pero esta vez era para no ver el horrible espectáculo.

A la media noche llamaron á la puerta de Buytenhoff, ó mas bien á la barricada que la reemplazaba.

Era Cornelio van Baerle que le traian.

Cuando el carcelero Grifus recibió este nuevo huésped y vió en la boleta del registro la calidad del preso:

—Ahijado de Cornelio de Witt, murmujeó con su sonrisa de carcelero ah, jóven! justamente tenemos aquí el cuarto de la familia; vamos á dároslo.:

Y celebrando la majadería que acababa de decir, el feroz orangista tomó su interna y las lleves para conducir á Cornelio al calabozo que esa misma mañana habia dejado Cornelio de Witt por el *destierro* tal como le entienden en tiempos de revolucion esos grandes moralistas que asientan como un axioma de alta política:—Solo los muertos no vuelven.

Preparábase Grifus, pues, á conducir al ahijado al cuarto del padrino.

En el tránsito que era preciso atravesar para llegar á este cuarto el desesperado florista no oyó mas que los ladridos de un perro, no vió otra cosa que la cara de una jóven.

El perro salió de un nicho hecho en la pared, sacudiendo una gruesa cadena, y olfateó á Cornelio á fin de reconocerle en el momento en que se le mandara devorarle.

Cuando el preso hizo gemir el pasamano de la escalera con su pesada mano, entreabrió la jóven el postigo de un cuarto que habitaba en el espesor de esta misma escalera, y con la luz en la mano derecha, alumbró al mismo tiempo su bello rostro rosado engastado en unos admirables cabellos rubios hechos gruesos torzales, mientras que en la izquierda cruzaba sobre el pecho su blanco vestido de noche, porque habia recordado de su primer sueño con la llegada inesperada de Cornelio.

Por cierto que era un bello cuadro para pintarse, y en todo digno de maese Rembrandt, aquella negra espiral de la escalera iluminada por la linterna rojiza de Grifus con su siniestra facha de carcelero: arriba la melancólica figura de Cornelio que se colgaba sobre el pasamano para mirar hácia abajo, rodeado por el postigo luminoso el suave rostro y su gesto púdico tal vez de disgusto por la posicion elevada de Cornelio colocado algunos escalones arriba desde donde su mirada acariciaba vaga y triste los blancos y redondos hombros de la jóven.

Y por último, abajo, enteramente en la oscuridad, en la parte de la escalera donde las tinieblas hacian desaparecer los pormenores, los ojos de carbunclos del *mastin* sacudiendo su cadena en cuyos anillos aparecian brillantes lentejuelas por la doble luz de la lámpara de Rosa y la linterna de Grifus.

Pero lo que no hubiera podido trasladar á su cuadro el sublime maestro era la expresion dolorosa que se pintó en el semblante de Rosa cuando vió á este hermoso jóven pálido subir la escalera lentamente, pudiendo aplicarle estas siniestras palabras pronunciadas por su padre:

—Ireis al cuarto de la familia.

Esta vision duró un momento, mucho menos tiempo del que hemos empleado en describirla. Grifus continuó su camino, seguido de Cornelio quien cinco minutos después entraba en el calabozo que conoce ya el lector y por tanto no detallamos.

Asi que Grifus hubo señalado con el dedo al preso la cama en que habia sufrido el mártir que aquel mismo dia habia entregado su alma á Dios, voló á coger su linterna y salió.

BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO

Luego que se quedó solo Cornelio se tiró en la cama, pero no durmió. No cesó de tener la vista clavada en una angosta ventana con enrejado de hierro que recibia la luz en el Brytenhoff, y de esa manera vió blanquear por allí los árboles con ese primer rayo de la luz que el cielo deja caer en la tierra como un manto blanco.

Durante la noche algunos caballos habian pasado galopando por ei Brytenhoff, los pesados pasos de las patrullas habian azotado la banquetilla redonda de la plaza, y las mechas de los arcabuces prendiéndose al viento de oeste, habian arrojado hasta las vidrieras de la cárcel relámpagos intermitentes.

Pero cuando el naciente dia plateó el remate puntiagudo de las casas, Cornelio impaciente por saber si alguna cosa vivia á su alrededor, se acercó á la ventana y hechó circularmente una triste mirada.

A la extremidad de la plaza una masa negra con tintas de un azul sombrío por la niebla de la mañana, levantábase descollando sobre las pálidas casas su veleta irregular

Cornelio reconoció el patíbulo.

De este patíbulo pendian dos informes girones que no eran mas que dos esqueletos sangrientos aún.

El buen pueblo de la Haya habia despedazado la carne de sus víctimas pero traido fielmente al patíbulo el pretexto de una doble inscripicion trazada en un enorme cartel.

En este cartel, Cornelio con sus ojos de veintiocho años acerto á leer las siguientes línias formadas por el tosco pincel de algun mal pintor de muestras:

«Aquí están colgados el gran facineroso llamado Juan de Witt y el pillo Cornelio de Witt su hermano, dos enemigos del pueblo, pero grandes amigos del rey de Francia.»

Cornelio arrojó un grito de horror, y en el trasporte de su terror delirante golpeó con piés y manos su puerta tan fuertemente y con tanta precipitacion que Grifus acudió furioso, con su manojo de enormes llaves en la mano.

Abrió la puerta profiriendo horribles imprecaciones contra el preso que le incomodaba fuera de las horas en que tenia costumbre de incomodarse.

—¡Vamos! ¡qué es eso! ¿está endemoniado este otro de Witt? estos de Witt están espiritados.

—Señor, señor, dijo Cornelio agarrando al carcelero del brazo y tirándole hácia la ventana: señor ¿qué es equello que está escrito allá?

—¿Dónde allá?

—En aquel cartel.

Y trémulo, descolorido y jadeando, enseñábale á un extremo de la plaza, el patíbulo arriba del cual estaba la única inscripcion.

Echóse á reir Grifus.

—¡Áh, ah! respondió. Sí, lo que está escrito . . . Pues caballerito, catáos á donde se llega cuando anda uno en chismes con los enemigos del señor príncipe de Orange.

—¡Los señores de Witt han sido asesinados! murmujeó Cornelio trasudándole la frente y dejándose caer en su cama, desmadejados los brazos y cerrados los ojos.

—Los señores de Witt han llevado la justicia del pueblo, dijo Grifus; ¿á eso llamais asesinar? yo llamo á eso ajusticiar.

Y como viese al preso no solo tranquilo, sino anodadado, salió del cuarto cerrando la puerta con violencia y atrancándola con los cerrojos.

Cuando Cornelio volvió en sí, se encontró solo; reconoció el cuarto en que se hallaba, el cuarto hereditario, segun le habia llamado Grifus, como el paso fatal que debia conducirle á la muerte.

Y como era filósofo y sobre todo buen cristiano, comenzó primero á rogar por el alma de su padrino, y en seguida por la del gran pensionario, resignándose por último á todos los males que pluguiese á la Providencia enviarle.

En seguida, después de haber bajado del cielo á la tierra, después de haberse asegurado de que estaba solo en el calabozo, sacó de su pecho los tres esquejes del tulipan negro, y los escondió detrás de una piedra, sobre la cual se ponia el cántaro del agua, en el rincon mas oscuro de la cárcel.

¡Trabajo inútil de tantos años! ¡Destruccion de tan dulces esperanzas. Su descubrimiento, lo mismo que su vida, iban áconcluir en la nada. En aquella prision no habia una sola yerba, ni un átomo de tierra, ni un rayo de sol.

Este pensamiento sepultó á Cornelio en una sombría y horrible desesperacion, de la que no salió sino por una circunstancia extraordinaria.

¿Cuál fué esta circunstancia? Nos reservamos decirlo en el capítulo siguiente.

FIN DE LA PARTE PRIMERA.